

Enric Juliana

AQUÍ NO HEMOS VENIDO
A ESTUDIAR

arpa

SUMARIO

Nota del autor	11
Granada, 16 de junio de 1947	13
Potsdam, 19 de julio de 1945	17
Prisión Central de Burgos, diciembre de 1962	24
Plan de Estabilización	28
Huelga Nacional Pacífica	39
El Cura Pitillo tiene una idea	49
El hombre que cruzó el Río Grande	54
Eugenio Puig, vendedor de huevos y gallinas	64
Cartas entre el monte y la ciudad	76
«Tienes que ir a Valencia»	83
« <i>Terpenie, terpenie</i> »	90
Tito se rebela	99
Operación Bolero-Paprika	104
6.587 baldosas	114
La «Universidad de Burgos»	127
Socialistas y libertarios	139
<i>Un día en la vida de Iván Denísovich</i>	143
Nostalgia	148

Un titista llega a Burgos	154
<i>Beltenebros</i>	178
1962	184
Ecos del 62	197
Julián Grimau	200
Cambio de línea: ¡acción!	208
Claudín y Semprún toman la palabra	215
Moscú y Pekín rompen	233
Autocrítica	237
Salida	255
El Kremlin quiere monarquía	264
1974	267
Llaman de madrugada	286
Ford y Mao conversan	289
Casinello y González también conversan	292
Junio de 1977	296
<i>Autobiografía de Federico Sánchez</i>	306
Se hace un pacto en la Moncloa	312
Noche de Reyes	320
Retorno a Burgos	324
Todo se ha perdido	327
El puente se ha roto	333
Epílogo vírico: modesta España	344
Bibliografía	353

Para Núria Estadella y Nolasc Acarín

NOTA DEL AUTOR

El destino individual y la gran avalancha a la que llamamos Historia: he ahí la cuestión. La pasión política es la voluntad de intervenir en los engranajes que te pueden triturar. Adivinar la dirección del viento, olerla. Dudar o decidir. Actuar o esperar. Desistir o resistir. Creer o estudiar. La dificultad de captar los cambios cuando apenas comienzan a manifestarse. Esto pasó en 1946. Esto pasó en 1962. Esto vuelve a pasar ahora.

GRANADA, 16 DE JUNIO DE 1947

Las calles de Granada están a rebosar para ver pasar a Eva Perón. Es el primer gran espectáculo de la posguerra española que no tiene nada que ver con la muerte. Ha llegado una estrella a un país aislado. El régimen de Franco no es del agrado de los ganadores de la segunda gran guerra, pero resiste. Los aliados no se deciden a hacerlo caer. El primer ministro británico Clement Attlee, laborista, es más hostil a Franco que el conservador Winston Churchill, pero el poder inglés sigue sin querer aventuras en la península ibérica. Inglaterra quiere conservar Gibraltar, puerta del Mediterráneo desde el Atlántico. Los norteamericanos se lo piensan. No, no se deciden a hacerlo caer, pero le han negado la entrada en la Organización de las Naciones Unidas, la nueva Sociedad de las Naciones, recién constituida.

Franco está aislado y el general Juan Domingo Perón decide ayudarlo desde Argentina. El nacionalpopulista Perón, recién llegado al poder, ha simpatizado con el fascismo europeo, pero no pagará ninguna consecuencia por ello. En 1947, Argentina es uno de los países más ricos del mundo, respetado por todo el mundo. El nuevo gobernante argentino se puede permitir ayudar a la dictadura de Franco. Se trata de no irritar demasiado a los norteamericanos. La República Argentina concede

dos créditos por valor de más de setecientos millones de pesos al gobierno de Madrid, para que la hambrienta España pueda pagar las importaciones argentinas en buenas condiciones. El aislamiento empieza a romperse. La llegada del trigo argentino a los puertos españoles será un gran acontecimiento: 400.000 toneladas de trigo, 120.000 toneladas de maíz, 25.000 toneladas de carne, 50.000 cajas de huevos, 10.000 toneladas de lentejas... Es un gesto benéfico y a la vez político. A cambio, los puertos españoles servirán de base, a buen precio, para las exportaciones argentinas a Europa. Es una demostración de fuerza del populismo argentino en un mundo que está por reconstruir. Un tango después de las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam entre las tres potencias ganadoras. El tango dice: «¡Ojo!, somos ricos y hacemos lo que nos da la gana».

Es también una lección. Podríamos considerarlo, incluso, como una fría revancha. La antigua colonia de Mar del Plata y de la pampa infinita, rica y pletórica, ayuda ahora a la metrópolis devastada y arruinada.

Perón se está preparando para la Guerra Fría y sienta las bases de lo que él mismo denominará la «tercera posición»: ni con Estados Unidos ni con la Unión Soviética, pero siempre amigos de los anticomunistas cristianos. El general quiere rematar la jugada con un gesto político y decide enviar a España a su esposa, respondiendo a una invitación de Franco. Para disimular un poco se organiza una gira por Europa con el pomposo nombre de «La gira del Arco Iris», incluyendo una audiencia con el papa Pío XII en Roma. El plato fuerte es España. Dos semanas arriba y abajo por la *madre patria*, tras un recibimiento triunfal en Madrid.

«¡Franco, Perón, un mismo corazón!», grita la multitud convocada por la Falange. Trescientas mil personas, dicen los periódicos. El general Franco la recibe a bombo y platillo en el aeropuerto de Barajas. Acaba de aterrizar en España la «reina del trigo». Veintiocho años. Rubia como la más lozana de las espigas.

Cuando Franco se me vino a los pies, yo pensé que era idéntico a Caturla, el que vendía pollos en Junín. Era petiso, barrigón, con pinta de almacenero, y llevaba una banda que se le apoyaba en la panza. Hasta la mujer y la hija se parecían a la mujer y a la hija de Caturla. ¡Y con todo lo que Perón me había hablado de él...!

Con estas palabras, Evita narró la primera impresión que le causó Franco a su peluquero, Julio Alcaraz, que la acompañaba a todas partes. Con la esposa del general tendero y barrigón las cosas fueron mal desde el primer día. Cuando Eva Duarte pidió visitar los «barrios obreros» de Madrid, Carmen Polo torció el gesto. Evita quería hacer peronismo. Para la estirada señora de Franco, la palabra *obrero* significaba comunista. Aun así, hubo sesión de populismo en Madrid. Querían que fuera una visita en coche, rápida, veloz, pero ella hizo parar la comitiva para saludar a la gente que la aclamaba. Entró en algunas casas. Hablaba con las familias y les regalaba billetes de cien pesetas. Alimentaba una gran leyenda. De Buenos Aires solo llevaba una consigna: «Sé simpática con ellos, habla bien de España y de los españoles, pero ninguna palabra de apoyo al régimen de Franco».

Estamos en Granada. 16 de junio de 1947. Eva Perón y su séquito, formado por treinta y tres personas, han dormido en el hotel Alhambra Palace, mientras su hermano Juancito huía hacia una fiesta gitana en el barrio del Sacromonte. Todos han trasnochado. Ella siempre se levanta tarde. Hacia las dos de la tarde salen del hotel. Cerca de la puerta un coche de caballos espera para llevarla, otra vez, a la catedral. Otro tedeum y, después, avión hacia Sevilla. Ayer, durante la visita a la Capilla Real, ante la tumba de los Reyes Católicos, le llamó mucho la atención ver cómo la almohada de mármol de la reina Isabel de Castilla está más hundida que la del rey Fernando de Aragón. Se lo comentó a su confesor, el jesuita Hernán Benítez. Bromearon. «Quizás a la reina le pesaba más la cabeza. Quizá tenía más ideas». El jesuita Benítez es el hombre clave del viaje. Él se ha entrevistado previamente con Franco para fijar los detalles. Él dirige la gira.

Un personaje muy singular, Benítez. Gran predicador, sermones de tres horas en Radio Belgrano, entusiasta orador, muy vinculado a la logia paramilitar que ha aupado a Perón al poder. Un intrigante simpático y culto. Cinco años después acompañará a Evita en su dura agonía, rezará con ella mientras el cáncer se la lleva. Y acabará enfrentado a Perón por su deriva reaccionaria. Pero ahora, en España, Benítez, futuro admirador de la Revolución cubana, es el más fiel servidor del general. Cada noche el jesuita llama a Buenos Aires para informar sobre cómo van las cosas por España. Como lo controla todo, el confesor Benítez también lee las cartas que algunos españoles envían a la primera dama argentina durante este viaje que parece no tener fin.

La comitiva ya está fuera del hotel. Cuando ve a la gente, Evita se entusiasma. Surge la actriz. Se acerca al gentío, saluda, acaricia la cabeza de algún niño y no para de sonreír. Cultiva una leyenda. La policía vigila, pero también se relaja. Entonces, una sotana rompe el cordón. Un cura se abalanza hacia la primera dama con un papel en la mano y los policías se le echan encima. Ella los para con un gesto rápido: «¡Déjelo!». «¿Qué quiere?», pregunta Evita. «Quiero clemencia», le responde el cura, mientras le entrega el sobre. Dentro, diez líneas y un nombre. «Clemencia», repite el sacerdote Juan Sánchez, más conocido en su pueblo como el Cura Pitillo. Treinta y ocho años, vivaracho, enérgico.

Eva Perón coge el sobre, mira al hombre de la sotana e intuye lo que dice la carta. No es la primera petición dramática que ha recibido en este viaje. Las otras le han llegado más discretamente. «Veré lo que puedo hacer», le responde, mientras el séquito se vuelve a poner en marcha. El Cura Pitillo se queda paralizado, sorprendido de sí mismo. La gente lo mira. La policía lo mira. Todo ha ido muy rápido, pero para él ha durado una eternidad. Dos o tres filas atrás, un hombre mayor observa la escena con lágrimas en los ojos.

POTSDAM, 19 DE JULIO DE 1945

Stalin: Es necesario examinar la cuestión del régimen de España. Nosotros los soviéticos consideramos que el actual régimen de Franco fue impuesto por Alemania e Italia y que entraña un grave peligro para las naciones unidas amantes de la libertad. Opinamos que será bueno crear las condiciones necesarias para que el pueblo español pueda establecer el régimen que elija.

Churchill: Estamos debatiendo todavía las cuestiones que vamos a incluir en la agenda. Convengo que la cuestión de España debería ser incluida en ella.

Truman: ¿Quiere el generalísimo [Stalin] hablar sobre la cuestión?

Stalin: Se han distribuido copias de la propuesta. No tengo nada más que añadir a lo que en ella se expresa.

Churchill: Señor presidente [se dirige al presidente de Estados Unidos, Harry Truman], el gobierno británico también está muy disgustado con Franco y su gobierno. [...] El hecho de que hayan sacado a los prisioneros que han estado en prisión durante años y les hayan disparado por hechos ocurridos mucho tiempo atrás indica que España no es una democracia de acuerdo con

las ideas británicas sobre este tema. Cuando Franco me envió una carta proponiéndome hacer una alianza de Occidente contra Rusia, le envié una respuesta fría. Esto demuestra que los sentimientos de Gran Bretaña son contrarios al régimen de Franco.

Stalin: Yo no he recibido ninguna copia de la respuesta británica a Franco.

Churchill: Veo alguna dificultad para aceptar el borrador propuesto por el generalísimo [Stalin] en el primer párrafo, el que trata de la ruptura de toda relación con el gobierno de Franco, que es el gobierno de España. Considerando que los españoles son orgullosos y susceptibles, semejante medida causaría el efecto de unir a los españoles entorno a Franco, incluso los que ahora reniegan de él, en lugar de apartarlos de él. [...] El resultado sería un fortalecimiento de la posición de Franco. Y él tiene un ejército, aunque no sea muy bueno.

Si con esta acción que se nos propone él resultara fortalecido, sería necesario considerar si tendríamos que intervenir por la fuerza. Y yo estoy en contra de usar la fuerza. En contra de interferir en los países que tienen diferentes regímenes que el nuestro, a menos que seamos molestados por ellos. Por lo que toca a los países que han sido liberados en el curso de la guerra, no podemos permitir que se establezca en ellos un régimen fascista, pero aquí tenemos un país [España] que no tomó parte en la guerra. Por eso es por lo que soy contrario a interferir en sus asuntos internos. El gobierno de Su Majestad [el gobierno británico] necesitará debatir muy detenidamente esta cuestión antes de decidir romper relaciones con España. Estoy preparado para tomar cualquier medida que sea necesaria dentro de la diplomacia para acelerar la salida de Franco del poder.

Truman: No siento ninguna simpatía hacia el régimen de Franco, pero no deseo tomar parte en una guerra civil española. Ya ha

sido más que suficiente con la guerra en Europa. Nos alegraríamos mucho de reconocer a otro gobierno de España en vez del gobierno de Franco, pero pienso que es una cuestión que ha de resolver la propia España.

Stalin: ¿Es decir, que no habrá cambios en España? España está ganando fuerza ya. Se está alimentando de regímenes semifascistas de otros países [posible alusión a la Argentina del general Juan Domingo Perón]. Esto no es un asunto interno. El régimen de Franco fue impuesto a los españoles por Hitler y Mussolini, cuyos regímenes a su vez estaban en proceso de destrucción. Me creo que no sintáis ningún tipo de afecto por Franco, pero esto tiene que ser demostrado con hechos. No estoy proponiendo ninguna intervención militar, ni que desencadenemos una guerra civil que se podría perder. Solamente deseo que el pueblo español sepa que nosotros, los dirigentes de la Europa democrática, adoptamos una actitud negativa con respecto al régimen de Franco. A menos que lo declaremos así, el pueblo español tendrá motivo para pensar que no somos contrarios a dicho régimen. Podrán decir que, dado que hemos dejado en paz al régimen de Franco, esto significa que lo apoyamos. La gente entenderá que lo hemos aprobado o que le hemos dado nuestra bendición tácita. Esto constituye un grave riesgo para nosotros. No me agrada estar entre los acusados.

Churchill: La URSS ya no tiene relaciones diplomáticas con el gobierno español, así que nadie podrá acusarle de lo que está diciendo ahora.

Stalin: Pero lo que sí tengo es el derecho y la posibilidad de plantear la cuestión y resolverla. ¿Por qué tendría que estar callado? Todo el mundo cree que las tres grandes potencias pueden resolver estas cuestiones. Y yo represento a una de ellas, como el señor Churchill. ¿Debemos mantenernos en silencio ante lo que está pasando en España con el régimen de Franco y abstenernos

de llevar a cabo una acción contra España, si tenemos en cuenta que ha recibido el apoyo del fascismo? No deberíamos mirar al suelo ante el peligro que representa la España de Franco.

Churchill: Nosotros tenemos antiguas relaciones comerciales con España. Si nuestra intervención no diera los frutos deseados, yo no querría que este comercio se detuviera. Por otra parte, comprendo totalmente la actitud adoptada por Stalin contra España. Franco envió su División Azul a Rusia [para luchar junto a la Alemania nazi contra la URSS], por lo que entiendo que esté molesto. [...] Pero en lo que respecta a Gran Bretaña, España se abstuvo de realizar ninguna acción contra nosotros en una época en la que si lo hubiera hecho podría habernos provocado un desastre. [...] Nadie duda de que el generalísimo Stalin no siente ningún afecto hacia Franco, y creo que la mayoría de los británicos comparten esa antipatía. Yo únicamente deseo subrayar que la URSS ha sido perjudicada por Franco como ningún otro país.

Stalin: No es una cuestión de perjuicios. Aun así, creo que Inglaterra también ha sido perjudicada por el régimen de Franco. Durante mucho tiempo, España puso su costa a disposición de Hitler para que la usasen sus submarinos. Puede usted decir, por tanto, que ha sufrido daños causados por Franco de una forma u otra. Pero no deseo que este asunto se valore desde ese punto de vista. Lo que importa no es la División Azul, sino el hecho de que el régimen de Franco es una amenaza grave para Europa. Esto debería tenerse en cuenta. Por eso creo que deberían tomarse algunas decisiones, incluso si eso significa romper las relaciones diplomáticas. Creo que debemos hacer algo contra ese régimen. Podemos encontrar otros medios. Solo tenemos que decir que no simpatizamos con el régimen de Franco y que consideramos justa la exigencia de democracia por parte del pueblo español. Solo tenemos que

indicarlo y no quedará nada del régimen de Franco, se lo aseguro. Propongo que nuestros ministros de Asuntos Exteriores debatan si puede encontrarse otra forma más suave o flexible para hacer patente que las grandes potencias no apoyan a Franco y a su gobierno.

Truman: Me parece bien. Propongo pasar el asunto a los ministros.

Churchill: Debo oponerme a esto. Creo que este es un asunto que debe ser resuelto en esta reunión por los líderes de los gobiernos. Interferir en los asuntos internos de otros países es una cuestión peligrosa.

Stalin: No lo considero un asunto interno de España, puesto que su régimen se creó desde el exterior y es un peligro para Europa.

Churchill: Todo el mundo puede decir esto del régimen de cualquier otro país.

Stalin: No, no hay ningún régimen como el de España en ningún país. No queda ningún régimen como ese en país alguno de Europa.

Churchill: Portugal también podría ser condenado por tener un régimen dictatorial.

Stalin: No es la dictadura lo que importa. El régimen de Portugal es el resultado de un proceso interno, mientras que el régimen de Franco fue instaurado desde el exterior, por medio de la intervención de Hitler. Franco se comporta de manera provocadora y da asilo a nazis.

Churchill: [...] En la Guerra Civil española hubo una intervención por ambas partes. La URSS intervino en un bando y Hitler y Mussolini, en otro. Pero, además, eso fue hace ya mucho tiempo. Creo que las acciones que pudiéramos decidir en esta

reunión con respecto a ese problema servirían más para consolidar a Franco en su cargo. Y el gobierno británico no va a apoyar en lo más mínimo a este régimen, más allá de las relaciones comerciales.

Truman: Propongo que sean los ministros de Asuntos Exteriores quienes debatan si se puede encontrar otra forma más suave de llegar a un acuerdo sobre este asunto.

Stalin: Creo que este tema debemos resolverlo aquí. Propongo hacer una evaluación del régimen de Franco, incluyendo las observaciones hechas por el señor Churchill sobre la posible evolución de los acontecimientos en España. La situación del régimen de Franco debería ser uno de los puntos en la declaración que hagamos sobre Europa. Debería ser una declaración breve en la que dejáramos claro que nuestras simpatías son con el pueblo español y no con su régimen. Y sugiero dejar la forma en que debemos realizar esta declaración a los ministros de Asuntos Exteriores.

Churchill: No estoy de acuerdo con esta declaración. [...] Hay muchas cosas que no nos gustan de otros países, como Yugoslavia o Rumanía. Yo no sé qué opinan realmente los españoles [sobre su régimen]. Hay muchas sombras en la opinión de los españoles. Creo que a la mayoría de ellos les gustaría deshacerse de Franco sin la interferencia de extraños.

Truman: Sugiero que pasemos a otro tema y ya volveremos al punto de España más tarde.

Fragmento del acta de la discusión sobre España que tuvo lugar en la conferencia de Potsdam (Alemania), el 19 de julio de 1945, meses después del final de la Segunda Guerra Mundial. Esta conferencia reunió al presidente de Estados Unidos, Harry Truman, el secretario general del Comité Central del Partido Comunista

de la Unión Soviética y presidente del Consejo de Ministros, Iósif Dzhugashvili, *Stalin*, y el primer ministro británico, Winston Churchill, con el objetivo de acabar de discutir la situación de Europa después de la guerra. Era la tercera reunión que mantenían los líderes de las tres potencias tras las conferencias de Teherán (noviembre de 1943) y Yalta (febrero de 1945).

El día 2 de agosto de 1945 se hizo pública finalmente la declaración de la conferencia de Potsdam, que incluía un párrafo sobre España. Decía así: «Nuestros tres gobiernos creen que tienen el deber de señalar que no apoyarán una solicitud de admisión [a la futura Organización de las Naciones Unidas, que sería fundada oficialmente en octubre de 1945] que sea presentada por el actual gobierno español, el cual, habiendo sido establecido con el apoyo de las potencias del Eje, no dispone, por razón de sus orígenes, de su naturaleza, de sus antecedentes y de su estrecha asociación con los estados agresores, de los títulos necesarios para justificar su ingreso».

El 5 de agosto, el gobierno de Franco respondió a esta declaración con una nota del ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín-Artajo: «Ante la insólita alusión a España que se contiene en el comunicado de la Conferencia de los Tres en Potsdam, el Estado español rechaza, por arbitrarios e injustos, aquellos conceptos que le afectan y los considera consecuencia del falso clima creado por las campañas calumniadoras de los rojos expatriados y sus afines en el extranjero».